

La sombra del águila

Escrita en 1993, *La Sombra del Águila* es un relato lúcido, divertido y trágico que



Estaba allí, de pie sobre la colina, y al fondo ardía Sbodonovo. Estaba allí, pequeño y gris con su capote de cazadores de la Guardia, rodeado de plumas y entorchados, gerifaltes y edecanos, maldiciendo entre dientes con el catalejo incrustado bajo una ceja, porque el humo no le dejaba ver lo que ocurría en el flanco derecho. Estaba allí igual que en las estampas iluminadas, tranquilo y frío como la madre que lo parió, dando órdenes sin volverse, en voz baja, con el sombrero calado, mientras los mariscales, secretarios, ordenanzas y correvediles se inclinaban respetuosamente a su alrededor. Sí, Sire. En efecto, Sire. Faltaba más, Sire. Y anotaban apresuradamente despachos en hojas de papel, y batidores a caballo con uniforme de húsar apretaban los dientes bajo el barbuquejo del colbac y se persignaban mentalmente antes de picar espuelas y salir disparados ladera abajo entre el humo y los cañonazos, llevando las órdenes, quienes llegaban vivos, a los regimientos de primera línea. La mitad de las veces los despachos estaban garabateados con tanta prisa que nadie entendía una palabra, y las órdenes se cumplían al revés, y así, nos lucía el pelo aquella mañana. Pero él no se inmutaba; seguía plantado en la cima de su colina como quien está en la cima del mundo. El arriba y nosotros abajo viéndolas venir de todos los colores y tamaños. **Le Petit Caporal**, el Pequeño Cabo, lo llamaban los veteranos de su Vieja Guardia. Nosotros lo llamábamos de otra manera. El Maldito Enano, por ejemplo. O **Le petit Cabrón**.

Le pasó el catalejo al mariscal Lafleur, siempre sonriente y untuoso, pegado a él como su sombra, quien igual le proporcionaba un mapa, que la caja de rapé, que le mamporreaba sin empacho fulanas de lujo en los vacs, y blasfemó en corso algo del tipo sapristi de la puttana di Dio, o quizá fuera lasaña di la merda di Milano; con el estruendo de cañonazos era imposible cogerle el punto al Ilustre.

-¿Alguien puede decirme - se había vuelto hacia sus edecanos, pálido y rechoncho, y los fulminaba con aquellos ojos suyos que parecían carbones ardiendo cuando se le atravesaba algo en el gaznate - qué diablos está pasando en el flanco derecho?.

Los mariscales se hacían de nuevas o aparentaban estar muy ocupados mirando los mapas. Otros, los más avisados, se llevaban la mano a la oreja como si el cañoneo no les hubiera dejado oír la pregunta. Por fin se

adelantó un coronel de cazadores a caballo, joven y patilludo, que había estado abajo: ida y vuelta y los ojos como platos, sin chacó y con el uniforme verde hecho una lástima, pero en razonable estado de salud. De vez en cuando se daba golpecitos en la cara tiznada de humo porque aún no se lo creía, lo de seguir vivo.

- La progresión se ve entorpecida, Sire. Aquello era un descaramado eufemismo. Era igual que, supongamos, decir: "Luis XVI se cortó al afeitarse, Sire". O: "el príncipe Fernando de España es un hombre de honestidad discutible, Sire". La progresión, como sabía todo el mundo a aquellas alturas, se veía entorpecida porque la artillería rusa había machacado concienzudamente a dos regimientos de infantería de línea a primera hora de la mañana, sólo un rato antes de que la caballería cosaca hiciera filetes, literalmente, a un escuadrón del Tercero de Húsares y a otro de lanceros polacos. Sbodonovo estaba a menos de una legua, pero igual daba que estuviese en el fin del mundo. El flanco derecho era una piltrafa, y tras cuatro horas de aguantar el cañoneo se batía en retirada entre los rastros humeantes de los maizales arrasados por la artillería. No se puede ganar siempre, había dicho el general Le Cimbel, que mandaba la división, cinco segundos antes de que una granada rusa le arrancara la cabeza, pobre y bravo imbécil, toda la mañana llamándonos muchachos y valientes hijos de Francia, *tenez les gars*, sus y a ellos, la gloria y todo eso. Ahora Le Cimbel tenía el cuerpo tan lleno de gloria como los otros dos mil Infelices tirados un poco por aquí y por allá frente a las arruinadas casitas blancas de Sbodonovo, mientras los cosacos, animados por el vodka, les registraban los bolsillos rematando a sablazos a los que aún coleaban. La progresión entorpecida. Agárteme de aquí, mi coronel.

-¿Y Ney? -el Ilustre estaba furioso. Por la mañana le había escrito a Nosequién que esperaba dormir en Sbodonovo esa misma noche, y en Moscú el viernes. Ahora se daba cuenta de que todavía iba a tardar un rato... ¿Qué pasa con Ney?

Aquella era otra. Las tropas que mandaba Ney habían tomado tres veces a la bayoneta, y vuelto a perder en memorable carnicería -línea y media en el boletín del gran Ejército al día siguiente-, la granja que dominaba el vado del Vorosik. Por allí se nos estaban colando los escuadrones de caballería rusos uno tras otro, como en un desfile, todos invariablemente rumbo al flanco derecho. Que a esas horas aún se llamaba flanco derecho como podría llamarse Desastre Derecho o Gran Matadero Según Se Va A La Derecha.

Entonces, empujando una gruesa línea de nubes plomizas que negreaba en el horizonte, un viento frío y húmedo empezó a soplar desde el este, abriendo brechas en la humareda de pólvora e incendios que cubría el valle. El Ilustre extendió una mano, requiriendo el catalejo, y oteó el panorama con un movimiento semicircular -el mismo que hizo ante la rada de Abukir cuando dijo aquello de "*Nelson nos ha jodido bien*"- mientras los mariscales se preparaban lo mejor que podían para encajar la bronca que iba a caerles encima de un momento a otro. De pronto el catalejo se detuvo, fijo en un punto. El Enano apartó un instante el ojo de la lente, se lo froto, incrédulo, y volvió a mirar.

-¿Alguien puede decirme qué diantre es eso?.

Y señaló hacia el valle con un dedo imperioso e Imperial, el que había utilizado para señalar las Pirámides cuando aquello de los cuarenta siglos o -en otro orden

de cosas- el catre a María Valey se apresuraron a mirar en aquitamente brotó un coro de mondieus. Porque allí, bajo el humo de las bombas rusas, entre derecho había dejado atrás en en mitad del infierno desatad solitario, patético y enterneced ras azules de la Infantería fran buen orden, águila al viento y línea recta hacia el enemigo.

Hasta el Ilustre se había quunos interminables segundos aquel batallón. Sus rasgos páll marcándole los músculos en la águila se entornaron mientr vertical le surcaba el entrecejo, hachazo.

-Se han vu-vuelto lo-locos - un tipo del Estado Mayor que s el fuego y en los burdeles, porq lo había sorprendido un bor casa de putas-. Completamen

El Enano mantuvo la miram llón, sin responder. Después n augusta cabeza, la misma -ev mismo se había ceñido la cor



Notre Dame, tras arrancarla Clemente VII, inútil y viejo choc se jugaba los cuartos. Fiate de se lo preguntaran sí no, a Carl O a Godoy, aquel fulano grand ras de semental. El macró de

-No -dijo por fin en voz baj reflexivo a la vez-. No son loc metió una mano entre los bot pliegues del capote gris, y su vó Son soldados, ¿comprende?... Francia. Héroes oscuros, anóni tas forjan la percha donde yo enternecido, casi con los ojos l y fiel infantería.

Iluminada fugazmente desc pagos de las explosiones, la hu por un momento la visión del en la colina, se estremeciero